

## Lección 11

15 de febrero de 1967

Tengo que avanzar y demostrar en el movimiento de qué naturaleza es el saber analítico; más exactamente, cómo es posible que, ese saber, pase a lo real.

Planteamos que eso, ¿no es cierto?, *que pase a lo real*, tiene lugar cada vez más a medida que crece la pretensión del *yo* [*je*]<sup>1</sup> para afirmarse como *fons et origo* del Ser. Es lo que planteamos; pero no elucida, por supuesto, nada de lo que acabo de llamar EL PASO DE ESE SABER A LO REAL.

No me refiero aquí a nada diferente a la fórmula que di de la *Verwerfung* o rechazo: que todo lo que es rechazado en lo simbólico reaparece en lo real.

Esta prevalencia del *yo*, en la cima de algo que es bastante difícil de captar sin prestarse a equívoco... (decir “la época”, decir también como hemos dicho “la era de la ciencia”, es abrir siempre algún sesgo para una nota que podría asirse bastante bien con el término de “spenglerismo”,<sup>2</sup> por ejemplo: la idea de “fases humanas” no es ahí, desde luego, lo que puede complacernos y se presta para muchos malentendidos). Partamos únicamente de esto: que es cierto que el discurso tiene su imperio y que yo creo haberles demostrado aquí que el psicoanálisis sólo es pensable si se cuenta entre sus precedentes el discurso de la ciencia.

Se trata de saber en dónde se ubica el psicoanálisis en los efectos de ese discurso. ¿Adentro? ¿Afuera? Saben ustedes que es ahí donde intentamos captarla como una especie de franja que tiembla, de algo análogo a esas formas más sensibles donde se revela el organismo; hablo de lo que es franja.

Sin embargo hay que dar un paso antes de reconocer ahí el trazo [*trait*] de lo animado porque el pensamiento tal como lo entendemos *no* es lo animado. Es el efecto del significante, es decir, el último resorte, de la HUELLA.<sup>3</sup>

Lo que se llama estructura es eso: seguimos el pensamiento por las huellas y por nada más. Porque la huella siempre causó el pensamiento.

---

<sup>1</sup> *yo* es *je* en este capítulo, salvo cuando se señale explícitamente lo contrario [T.].

<sup>2</sup> Spengler Oswald, *Le Déclin de l'Occident* [El ocaso de Occidente], N. R. F., 1931-1933.

<sup>3</sup> *trace*: rastro, señal, huella, marca, traza, indicio.

La relación de ese procedimiento con el psicoanálisis se siente enseguida: por poco que se lo pueda imaginar, y hasta por poco que se tenga la experiencia de éste.

Que [para] Freud, inventar el psicoanálisis, haya sido la introducción de un método para detectar una huella de pensamiento, allí donde el pensamiento mismo la enmascara por reconocerse ahí de otra manera (de una manera diferente a como la designa la huella), eso es lo que he promovido. Contra esto, no prevalecerá ningún despliegue del freudismo como ideología. Ideología naturalista, por ejemplo. Que ese punto de vista, que es un punto de vista histórico de la filosofía, sea planteado en estos tiempos por personas que se autorizan como psicoanalistas, es algo que manifiesta lo que le dará mayor precisión a la respuesta que requiere la pregunta que planteé primero, a saber, cómo es posible que el saber analítico llegue a pasar a lo real.

La vía por donde lo que enseño pasa a lo real no es otra, extrañamente, que la *Verwerfung*, que el rechazo efectivo (que vemos producirse en un cierto nivel de generaciones) de la posición del psicoanalista, en la medida en que esta posición nada quiere saber de lo que sin embargo es su solo y único saber.

Lo rechazado en lo simbólico ha de focalizarse en un campo subjetivo, en alguna parte, para reaparecer en un nivel correlativo en lo real. ¿Dónde? Aquí, sin duda. ¿Qué quiere decir esto? Es lo que AQUÍ los toca, es decir, ese punto que es del que dan [*sic*] fe lo que los periodistas ya ubicaron con la etiqueta de “estructuralismo” y que no es más que su interés; el interés que tienen ustedes en lo que aquí se dice, interés que es real.

Naturalmente, entre ustedes, hay psicoanalistas. Hay –ya está aquí– una generación de psicoanalistas en la cual se encarnará la justa posición del sujeto, en tanto que el acto analítico la necesita. Cuando haya llegado ese tiempo de madurez de esta generación, se medirá la distancia recorrida –al leer las cosas impensables, afortunadamente impresas para que den fe, para quien sabe leer– de los prejuicios de donde habrá sido necesario extraer el trazado [*tracé*] que necesita esta realización del análisis.

Entre esos prejuicios y esas cosas impensables estará... estará también el estructuralismo, quiero decir, lo que se intitula ahora con ese título de cierto valor, cotizado en la bolsa de la cogitación.

Si aquellos de ustedes que vivieron lo que hubo caracterizado el medio de este siglo (o digamos, su primera parte), las experiencias de manifestaciones extrañas en la civilización que tuvimos que atravesar, si esos no hubieran sido adormecidos, en sus consecuencias, por una

filosofía que sencillamente continuó con su ruido de matraca, yo tendría ahora menos oportunidad para intentar señalar los rasgos [*traits*] necesarios para que no queden ustedes enteramente pasmados, para la fase de este siglo que viene enseguida.

Cuando Freud introdujo por primera vez en su *Jenseits...* la de él, el *Más allá del principio de placer*, el concepto de repetición (como forzamiento *Zwang*; repetición, *Wiederholung*; esta repetición es forzada, *Wiederholungszwang*), cuando la introduce para darle su estado definitivo al estatuto del sujeto de lo inconsciente, ¿se mide bien el alcance de esta intrusión conceptual?

Si se llama *Más allá del principio de placer*, es precisamente por el hecho de que rompe con lo que hasta entonces le daba el módulo de la función psíquica, a saber, esa homeostasis que hace eco a la que necesita la subsistencia del organismo, que la duplica y la repite, y que es la que en el aparato nervioso aislado como tal, él define por la ley de la mínima tensión.

Lo que introduce la *Wiederholungszwang*, está netamente en contradicción con esta ley primitiva: la que se había enunciado en el principio del placer. Y así es como Freud nos la presenta.

Enseguida, nosotros que, supongo, hemos leído ese texto, podemos llegar hasta su extremo, que Freud formula como lo que se llama “pulsión de muerte” (traducción de *Todestrieb*). A saber, que no puede impedirse extender ese *Zwang*, esta constricción de la repetición, a un campo que no cubra únicamente el de la manifestación viviente, sino que la desborde, incluyéndola en el paréntesis de un retorno a lo inanimado. Nos pide, entonces, hacer subsistir como “viviente” –y aquí tenemos que poner este término entre comillas–, una tendencia que extiende su ley más allá de la duración del viviente.

Observemos esto bien de cerca, puesto que está ahí lo que objeta y también el obstáculo ante el cual se rebela –por supuesto, en tanto que la cosa no ha sido comprendida– se rebela, en el primer momento, un pensamiento acostumbrado a dar cierto soporte al término de *tendencia*; soporte, justamente, que es el que acabo de evocar al poner la palabra “viviente” entre comillas. Entonces, en este pensamiento, la vida ya no es “el conjunto de las fuerzas que resisten a la muerte” para citar a Bichat; es el conjunto de las fuerzas donde se significa que la muerte sería, para la vida, su RIEL.

A decir verdad, esto no llegaría muy lejos si no se tratara más que del estando de la vida sino de lo que podemos, en un primer abordaje, llamar su SENTIDO. Es decir, de algo que podemos leer en signos que son de una aparente espontaneidad vital, puesto que el sujeto no se

reconoce allí; pero donde se requiere que haya un sujeto puesto que de lo que se trata no podría ser un simple efecto de la... recaída, si puedo decirlo, de la burbuja vital que desfallece, dejando el lugar en el estado en que estaba antes, sino de algo que, sigámoslo a donde los sigamos, se formula no como ese simple retorno sino como un PENSAMIENTO de retorno, como un pensamiento de repetición.

Todo lo que Freud captó por sus huellas en su experiencia clínica es –allí donde lo va a buscar, allí donde despunta para él el problema, a saber, en lo que él llama “la reacción terapéutica negativa”, o también lo que aborda en ese nivel como un hecho (signo de interrogación) de masoquismo “primordial”, como lo que en una vida insiste por permanecer en un cierto médium, pongamos los puntos sobre las íes, digamos de enfermedad o de fracaso–, es esto lo que hemos de captar como un pensamiento de repetición. Un pensamiento de repetición es un campo diferente al de la memoria.

Sin duda la memoria evoca la huella también, ¿pero cómo la reconocemos la huella de la memoria? Justamente tiene por efecto la NO REPETICIÓN.

Si buscamos determinar en la experiencia cómo un microorganismo está dotado de memoria, lo veremos en esto: que la segunda vez no reaccionará a un excitante como la primera. Y, en algunas ocasiones, esto nos hará hablar de memoria con prudencia, con interés, con suspenso, a nivel de ciertas organizaciones inanimadas...

¡Pero la repetición es muy otra cosa! Si hacemos de la repetición el principio director de un campo, en tanto es propiamente subjetivo, no podemos dejar de formular lo que une en materia – a manera de cópula– lo *idéntico* con lo *diferente*.

Esto nos reimpone el empleo, para este fin, de ese *trazo unario* cuya función electiva hemos reconocido a propósito de la identificación.

Recordaré lo esencial de esto en términos simples, habiendo podido experimentar que una función tan simple parece sorprendente en un contexto de filósofos, o de los que se pretenden tales, como tuve recientemente la experiencia, y que se haya podido hallar oscuro y hasta opaco este sencillo comentario de que el trazo unario juega el papel de coordenada simbólico, precisamente por excluir que no sean ni la similitud NI TAMPOCO ENTONCES LA DIFERENCIA, los que se plantean en el principio de la diferenciación.

Ya subrayé aquí suficientemente que el uso del Uno –que es ese Uno que yo distingo del Uno unificante, por ser el Uno contable– es el de poder funcionar para designar tantos “Uno”

como objetos tan heteróclitos como un pensamiento, un velo o no importa qué objeto que se encuentre aquí a nuestro alcance; y puesto que enumeré tres, contemos ese: tres. Es decir, considerando nula su más extrema diferencia de naturaleza para instaurar su diferenciación de otra cosa.

Esto es lo que nos da la función de número y todo lo que se instaura con la operación de recurrencia, cuya demostración se apoya, lo saben ustedes, en ese módulo único: que todo lo que habiendo sido demostrado verdadero... por  $n$ ... que lo que... Habiendo demostrado como verdadero que lo que es verdadero para  $n+1$  lo es para  $n$ , nos basta saber qué pasa para  $n=1$ , para garantizar la verdad de un teorema. Esto funda un ser de verdad, que es enteramente de deslizamiento. Esta especie de verdad, si puedo decirlo, es la sombra *del número*, [pues] no hace mella en ningún real. Pero si descendemos, si puedo decir, *en el tiempo*, lo que... lo cual se les pide hoy para retomar el esquema identificatorio de la alienación y ver cómo funciona, notaremos que el Uno basal de la operación de la recurrencia ya no está ahí, que sólo se instaura a partir de la repetición misma.

Retomemos. No tenemos que subrayar aquí que la repetición sólo podría deducirse dinámicamente del principio del placer. Sólo lo hacemos para hacer que sientan el realce de lo que está en cuestión. A saber, que el mantenimiento de la mínima tensión, como principio de placer, no implica de ninguna manera la repetición. Al contrario, el volver a hallar una situación de placer en su mismidad, sólo puede ser fuente de operaciones siempre más costosas si se sigue simplemente el sesgo de la mínima tensión. Al seguirla como una línea isotérmica, si puedo expresarme así, acabará por conducir de situación de placer en situación de placer al mantenimiento deseado de la mínima tensión. Si implica algún cierre de circuito o algún retorno, sólo puede ser por vía, si puede decirse, de una estructura externa, que de ninguna manera es impensable puesto que hace poco evocaba la existencia de una línea isotérmica.

De ninguna manera es así, y desde afuera, que se implica la existencia del *Zwang* en la *Wiederholung* freudiana, en la repetición.

Una situación que se repite como situación de fracaso, por ejemplo, implica coordenadas no de más y de menos tensión sino de identidad significativa del más o menos como *signo* de lo que DEBE repetirse. Pero ese signo no lo portaba como tal por la situación primera. Entiendan bien que ésta no estaba marcada por el signo de la repetición –¡si no, no sería primera!–. Más aún, hay que decir que deviene –que DEVIENE– la situación repetida, y que por ese hecho se

*pierde* como situación de origen: *que hay algo perdido por el hecho de la repetición*. Y esto no solamente está perfectamente articulado en Freud, sino que lo articuló MUCHO ANTES de verse llevado al enunciado del *Más allá del principio del placer*.

En los *Tres ensayos sobre la sexualidad*, vemos surgir, surgir como imposible, el principio del reencuentro. Ya el simple abordaje de la experiencia clínica le había sugerido a Freud lo que indicaba que en el metabolismo de las pulsiones estaba esta función del objeto perdido como tal, donde podía hallarlo y también su función [revisar]. Esta función da el sentido mismo de lo que surge bajo la rúbrica de la *Urverdrängung*. Por eso hay que reconocer claramente que, lejos de que en el pensamiento de Freud haya ahí salto o ruptura, hay más bien preparación –a través de una significación vislumbrada–, preparación de algo que encuentra por fin su estatuto lógico último bajo la forma de una ley constituyente –aún cuando no sea reflexiva– constituyente del sujeto mismo y que es la repetición.

Yo pienso que todos ustedes han visto pasar la forma del grafo, si puedo decirlo, de esta función tal como la di como soporte intuitivo, imaginativo, de esta topología de retorno, para que solidarice la parte<sup>4</sup> –que es tan importante como su efecto directivo, puesta en imagen esta misma para este efecto–, a saber, su efecto retroactivo: lo que llamé, hace un instante, lo que sucede cuando por efecto del repitente, lo que había que repetir se vuelve lo repetido.

El trazo en que se sustenta lo repetido, en tanto repitente, ha de cerrar el circuito, ha de volverse a hallar en el origen: el que (ese trazo), por ese hecho, marca en adelante lo repetido como tal.

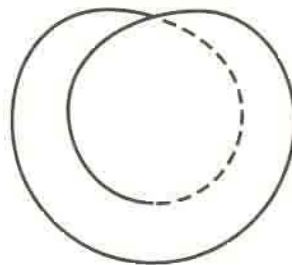


Fig. XI-1

Esto, ese trazado, no es más que el del doble bucle o también el de lo que llamé, la primera vez que lo introduje, el “ocho invertido” y que escribiremos así: helo ahí que vuelve sobre lo que repite y es lo que, en la operación primera, fundamental, iniciadora como tal de la repetición, da este efecto retroactivo que se puede separar, que nos obliga a pensar las relaciones terceras que,

---

<sup>4</sup> “la marca” [Dorgeuille].

del *uno* al *dos*, que constituye el retorno, vuelve haciendo un bucle sobre ese *uno* para producir este elemento no numerable que yo llamo el *uno-de-más*, y que, justamente –por no poderse reducir a la serie de los números naturales ni ser adicionable ni sustraíble de ese *uno* y de ese *dos* que se suceden–, merece también el título de *uno-de-sobra*, que designé como esencial para toda determinación significativa y siempre lista además, no solamente para aparecer sino para hacerse captar, huidiza, detectable en la vivencia a partir del momento en que el sujeto que cuenta ha de contarse entre otros.

Observemos que esa es la forma topológica más radical y que es necesaria para introducir lo que, en Freud, toma valor con esas formas polimorfos que se conocen con el término de *regresión* ya sean tópicos, temporales o formales. Esa no es regresión homogénea, su raíz común ha de hallarse en ese retorno, en ese efecto de retorno de la repetición.

Desde luego, no sin razón pude aplazar tanto tiempo el examen de esas funciones de regresión. Bastaría con remitirse a un reciente artículo<sup>5</sup> publicado en alguna parte en un terreno neutro, médico, un artículo sobre la regresión, para ver la verdadera hiancia que queda abierta cuando un pensamiento, acostumbrado a no demasiada luz, intenta unir la teoría con lo que le sugiere la práctica psicoanalítica. La especie de curiosa valorización que recibe la regresión en algunos de los más recientes estudios teóricos responde sin duda a algo, en la experiencia del análisis, a través de lo cual, en efecto, merece que se interrogue qué efecto progresivo puede implicar la regresión que, como todo el mundo sabe, es esencial en el proceso mismo de la cura como tal.

Pero basta con ver, con palpar, la distancia que en cierta forma deja verdaderamente abierto todo lo que a ese respecto se vuelve a evocar de las fórmulas de Freud, con lo que se deduce de eso respecto al uso de la práctica (hay que remitirse aquí al artículo que está en el último número de la *Évolution Psychiatrique*), ¡para que se sienta hasta qué punto la regresión en cuestión aquí es de tal naturaleza que nos sugiere la pregunta sobre si no se trata más que de una regresión teórica!

A decir verdad, ese es justamente el modo mayor de ese rechazo que designo como esencial en tal posición presente del psicoanalista.

---

<sup>5</sup> Nodet Ch. H. “À propos de la régression », en *L'Évolution psychiatrique*, t. XXI, 3, pp. 515-535, Toulouse, Privat, 1966 [D.].

Si se retoman tales o tales preguntas de nuevo en su origen, como si ya no hubieran sido zanjadas en alguna parte ¡se hace durar el placer! No está, en este asunto, aquel del que nos hacemos responsables. Retomaré esto en su momento porque si, por supuesto, en todos esos efectos hay algo que es torpeza, no queda por ello saldada toda referencia posible a algo de orden tipo deshonestidad, si tales fórmulas resultan confluír y legitimar una finalidad del tratamiento que termina cubriendo las ilusiones del yo [*moi*] más burdas, es decir, lo más opuesto a la renovación analítica.

¿Qué quiere decir lo que aportamos con el término de *alienación* cuando empezamos a esclarecerla con este aparato de la involución significativa (si puedo llamarla así), de la repetición?

Planteamos primero que la alienación es el significante del Otro, en la medida en que hace del Otro (con A mayúscula) un campo marcado por la misma finitud que el sujeto mismo, el S(A/), S, abre paréntesis, A tachado. ¿De qué finitud se trata? De la que define, en el sujeto, el hecho de depender de los efectos del significante.

El Otro como tal –digo, ese lugar del Otro, en la medida en que lo evoca la necesidad de garantía de una verdad–, el Otro como tal está, si puedo decirlo, si me permiten esa palabra en mi improvisación, FRACTURADO. De la misma manera como lo captamos en el sujeto mismo (muy precisamente de la manera como lo marca el doble bucle topológico de la repetición), el Otro se halla también bajo los efectos de esta *finitud*.

Así resulta planteada la división en el corazón de las condiciones de la verdad. Complicación, digamos, aportada a toda exigencia, de tipo leibniziano, de *reserva* de la susodicha, quiero decir, de la verdad. El *salva veritate*, esencial para todo orden del pensamiento filosófico, es para nosotros un tanto más complicado (y no solamente por el hecho del psicoanálisis, manifiesto en todo punto de esta elaboración que se hace a nivel de la lógica matemática). En todo caso, excluye enteramente toda forma de carácter absoluto intuitivo; la atribución, por ejemplo, en el campo del Otro, de la dimensión, calificada tan spinozistamente como quieran, de lo Eterno, por ejemplo...

Esta decadencia permanente del Otro es inextirpable del dato de la experiencia subjetiva. Es ésta la que nos pone en el corazón de esta experiencia el fenómeno de la creencia en su ambigüedad, constituida por esto: que no es por accidente, por ignorancia, que la verdad se presenta en la dimensión de lo cuestionable –fenómeno, pues, que no ha de considerarse como



hecho de defecto sino como hecho de estructura–, y que ahí está, para nosotros, el punto de prudencia, el punto en que se nos solicita que avancemos con el más discreto paso, quiero decir, el que más discierne, para designar el punto sustancial de esta estructura; para no prestarse a la confusión donde se precipita, no inocentemente sin duda, cuando se sugiere ahí una forma renovada de positivismo.

Muy en cambio, deberíamos encontrar nuestros modelos en lo que queda tan incomprendido y sin embargo tan vivo de lo que la tradición nos ha legado como fragmentario de los *ejercicios* del escepticismo, en la medida en que no son simplemente esos malabarismos centelleantes entre doctrinas opuestas sino, al contrario, verdaderos ejercicios espirituales que correspondían seguramente a una praxis ética que le daba su verdadera densidad a lo teórico que nos queda bajo ese acápite y bajo esa rúbrica.

Digamos que se trata ahora, para nosotros, de dar cuenta, en términos de nuestra lógica, del surgimiento necesario de ese lugar del Otro, en la medida en que está así dividido. Porque, para nosotros, es ahí que se nos pide situar no simplemente ese lugar del Otro, respondiente perfecto del hecho de que la verdad no engaña, sino más precisamente, en los diferentes niveles de la experiencia subjetiva que nos impone la clínica: cómo es posible que se inserten allí, en esta experiencia, instancias que no son articulables más que como demandas del Otro... es la neurosis.

Y aquí no podemos dejar de denunciar en qué punto es abusivo el uso de tales términos que hemos introducido, subrayado, como por ejemplo el de *demanda*, cuando lo vemos retomado en la pluma de tal novato para ponerlo en ejercicio a nivel de la teoría del análisis y para marcar hasta qué punto es esencial (el jovenzuelo muestra aquí su perspicacia), poner en el centro y en el punto de partida de la aventura una “demanda –dice él– de exigencia actual”. Es lo que desde siempre se plantea haciendo girar el análisis en torno a “frustración” y “gratificación”. El uso aquí del término de “demanda”, que se me toma prestado, no hace ahí más que confundir las huellas de lo que de hecho es esencial, que es que el sujeto viene a análisis no para preguntarse cualquier cosa sobre una exigencia actual sino para *saber* lo que demanda. Lo que lo lleva, muy precisamente, por este camino de demandar *que el Otro le demande algo*.

El problema de la demanda se sitúa a nivel del Otro. El deseo del neurótico gira en torno a la demanda del Otro y el problema lógico es saber cómo podemos situar esta función de la demanda del Otro, sobre el soporte de que el Otro, puro y simple, como tal, es **A**.

Muchos otros términos han de evocarse también como teniendo que hallar en el Otro su lugar: la *angustia* del Otro, verdadera raíz de la posición del sujeto como posición masoquista. Digamos además cómo debemos concebir esto: PUEDE UBICARSE ESENCIALMENTE UN PUNTO DE GOCE COMO GOCE DEL OTRO; punto sin el cual es imposible comprender de qué se trata en la perversión; punto sin embargo que es el único referente estructural que puede dar razón de lo que en la tradición se aprehende como *Selbstbewußtsein*. No hay otra cosa en el sujeto que se atraviese realmente a sí misma, que se perfore, si puedo decirlo, como tal –intentaré dibujar para ustedes un día algún modelo infantil de esto–, no hay otra cosa sino ese punto que, del goce, hace el goce del Otro.

No avanzaremos en esos problemas con un paso inmediato. Hoy tenemos que trazar la consecuencia que hay que extraer de la relación de ese grafo de la repetición con lo que hemos escandido como la elección fundamental de la alienación.

En este doble bucle es fácil ver que entre más se pegue a sí mismo, más tendrá que dividirse. Al suponer que aquí se reduzca la distancia de un borde al otro, resulta fácil ver que llegarán a aislarse dos redondeles.

¿Qué relación hay entre ese paso al acto de la alienación y la repetición misma? Pues bien, muy precisamente lo que se puede y se debe llamar ACTO.

Hoy quiero avanzar las premisas de una situación lógica del acto en tanto tal.

Este doble bucle del trazado de la repetición: si nos impone una topología, es que *no sobre cualquier superficie puede tener función de borde*. Intenten trazarla en la superficie de una

esfera, ya se los mostré hace mucho tiempo, ¡y me contarán! háganla volver aquí e intenten cerrar el circuito de manera que sea un borde,

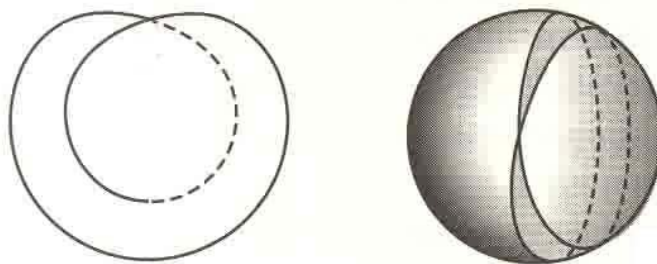


Fig. XI-2

es decir, que no se traslape a sí misma; es imposible. No son [cosas posibles], ya lo subrayé hace mucho tiempo, salvo en un cierto tipo de superficies, las que están dibujadas aquí, por ejemplo, como el *toro*, lo que en su tiempo llamé *cross-cap* o plano proyectivo, o también la botella de Klein, que creo que ustedes saben, si se acuerdan todavía del dibujito con que se la puede llevar a imagen, [que] por supuesto la botella de Klein no tiene nada que la vincule especialmente con

esta representación particular. Lo importante es saber qué resulta, en cada una de esas superficies, del corte constituido por el doble bucle.

En el toro este corte dará una superficie de dos bordes. En el *cross-cap* dará un corte de un sólo borde.

Lo importante es cuál es la estructura de las superficies así instauradas.

Las imágenes que están a la izquierda, las que ya introduje la última vez para que pudieran copiar el dibujo, les representan lo que constituye la superficie más característica para dar imagen a la función que le damos al doble bucle. Es (arriba a la izquierda) la banda de Moebius,

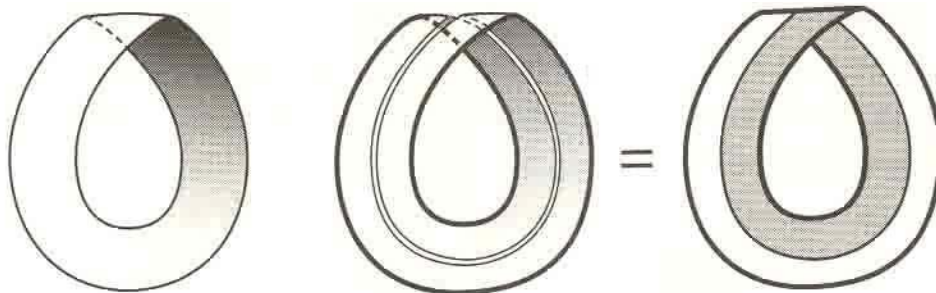


Fig. XI-3

cuyo borde –es decir, todo lo que está en ese dibujo (salvo esto que es un perfil que sólo está inscrito ahí en cierta manera para hacer surgir en su imaginación la imagen del soporte de la superficie misma, a saber, que aquí la superficie gira del otro lado, pero esto no hace parte, por supuesto, de ningún borde)– sólo queda entonces el doble bucle, que es el borde, el borde único de la superficie en cuestión.

Podemos tomar esta superficie por simbólica del sujeto, a condición de que consideren ¡por supuesto! que sólo el borde constituye esta superficie, como es fácil demostrarlo por esto: que si hacen un corte por el medio de esta superficie, este corte *mismo* concentra en sí la esencia del doble bucle. Siendo un corte que, si puedo decirlo, se “vuelve” sobre sí mismo, es *él mismo* –este corte único–, por sí mismo, toda la superficie de Moebius. Y la prueba es que, igualmente, cuando ya lo han hecho, este corte mediano, ¡ya no hay superficie de Moebius en absoluto! El corte, si puedo decir, “mediano”, ha retirado lo que creían ustedes ver ahí en la forma de una superficie. Es lo que les muestra la figura que está a la derecha, que les muestra que una vez cortada por el medio esta superficie, que antes no tenía ni derecho ni revés, que sólo tenía una cara, como no tenía sino un borde, tiene ahora un derecho y un revés. Lo cual ven ustedes aquí marcado con dos colores diferentes; les basta, por supuesto, con imaginar que cada uno de esos colores pasa al revés del otro, allí donde, por el hecho del corte, se continúan. En otras palabras,

después del corte ya no hay superficie de Moebius, pero en cambio hay algo que es aplicable a un toro.

Esto lo demuestran las otras dos figuras: a saber, que si hacen de cierta manera deslizar esta superficie –la que se obtiene después del corte–, al revés de sí misma, si puedo expresarme así, lo cual está perfectamente ilustrado en la figura presente, pueden ustedes, al coser, si puedo decirlo, de otra manera los bordes en cuestión, constituir entonces una nueva superficie que es la superficie de un toro, sobre la cual se marca siempre el mismo corte constituido por el doble bucle fundamental de la repetición.

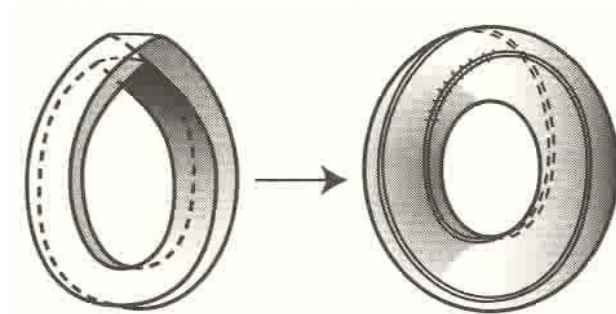


Fig. XI-4

Esos hechos topológicos son, para nosotros, en extremo favorables para darle imagen a algo que es aquello de lo que se trata, a saber, que así como la ALIENACIÓN ha podido hacerse imagen en dos sentidos de operaciones diferentes (donde la una representa la elección necesaria del *no pienso*, amputándole el *Es* de la estructura lógica, la otra, elemento que *no se puede* escoger de la alternativa, que opone, que une el núcleo de lo inconsciente, como siendo ese algo donde no se trata de un pensamiento atribuible de ninguna manera al yo instituido de la unidad subjetiva, y que lo une con un *no soy*, bien marcado en lo que en la estructura del sueño definí como la *intromisión* de los sujetos, a saber, como el carácter no fíjable, indeterminable, del sujeto que asume el pensamiento de lo inconsciente), la REPETICIÓN nos permite poner en correlación, en correspondencia, dos modos bajo los cuales el sujeto puede parecer diferente, puede manifestarse en su condicionamiento temporal de manera que corresponde a los dos estatutos definidos como el del *yo* de la alienación y como el que revela la posición de lo inconsciente en condiciones específicas que no son otras que las del análisis.

Tenemos, correspondiente al nivel del esquema temporal, lo siguiente: que *el paso al acto* es lo que se permite en la operación de la alienación; que, correspondiendo al otro término – término, en principio, imposible de elegir en la alternativa alienante–, corresponde al *acting out*.

¿Qué quiere decir esto? *El acto*, digo *acto* y no alguna manifestación de movimiento. El movimiento, la descarga motora (como se expresan al nivel de la teoría) es algo que no basta de manera alguna para constituir un acto. Si me permiten una imagen burda, un reflejo no es un acto.

Pero, bueno, ¡por supuesto! es mucho más allá que hay que prolongar esta área del *no acto*. Lo que se solicita en el estudio de la inteligencia de un animal superior, la conducta de rodeo, por ejemplo (el hecho de que un mico se dé cuenta de lo que hay que hacer para obtener un banano cuando hay un vidrio que lo separa de éste), nada tiene que ver con un acto. Y, a decir verdad, gran parte de sus movimientos, no lo dudan ustedes, de los que ejecutarán desde ahora hasta el final del día, nada tienen que ver, por supuesto, con acto.

¿Pero cómo definir lo que es un acto?

Es imposible definirlo más que sobre el fundamento del doble bucle, en otras palabras, de la repetición. Y es precisamente en eso que el acto es fundador del sujeto.

El acto es precisamente el equivalente de la repetición por sí mismo, es esta repetición en un sólo trazo que designé hace poco con este corte que es posible hacer en el centro de la banda de Möbius. Es en él mismo doble bucle del significante.

Se podría decir, pero sería engañarse, que en su caso el significante se significa él mismo. Pero sabemos que es imposible. No es menos cierto que está tan cerca como es posible de esta operación.

El sujeto, digamos, en el acto, es equivalente a su significante. No por ello queda menos dividido.

Intentemos aclarar un poco esto y pongámonos a nivel de esta alienación donde el *yo* se funda en un *no pienso* tanto más favorable para dejar todo el campo al *Es* de la estructura lógica.

*Yo no pienso...* si *soy*, tanto más cuanto que *no pienso* (quiero decir, si no soy más que el *yo* que instauro la estructura lógica, el médium, el trazo, donde pueden unirse esos dos términos), es el *actúo*, ese *actúo* que no es, como lo dije, efectuación motriz. Para que “camino” se vuelva un acto, se requiere que el hecho de que “camino” signifique que camino de hecho y que lo diga como tal.

Hay repetición intrínseca a todo acto, que sólo es permitida por el efecto de retroacción – que se ejerce por el hecho de la incidencia significativa que está instalada en su centro–, y retroacción de esta incidencia significativa sobre lo que se llama “el caso” en cuestión, cualquiera

sea. ¡Por supuesto, no basta con que yo proclame que camino! Es, sin embargo, ya un comienzo de acción. Es una acción de opereta: “¡Marchemos, marchemos!...”; es lo que en cierta ideología se llama también el “compromiso”, es lo que le da el carácter cómico tan conocido...

Lo importante que hay que detectar en lo que concierne al acto ha de buscarse allí donde la estructura lógica nos entrega (y nos entrega *en tanto* estructura lógica) la posibilidad de transformar en acto lo que, en un principio, no sería más que pura y simple pasión.<sup>6</sup> “Caigo a tierra” o “tropezó”, por ejemplo: piensen en esto, que ese hecho del redoblamiento significativo, a saber, que en mi “caigo a tierra” está la afirmación de que caigo al suelo; “caigo a tierra” se vuelve, transforma mi caída en algo significativo. Caigo a tierra y con eso realizo el acto donde demuestro que estoy, como se dice, “aterrado”. Así mismo, “tropezó” (el mismo “tropezó” que lleva en sí tan manifiestamente la pasividad del fracaso) puede ser, si se lo retoma y duplica con la afirmación “doy un traspies”, la indicación de un acto, en la medida en que asumo yo mismo el sentido, como tal, de ese tropezón.

Ahí no hay nada que vaya contra la inspiración de Freud, si recuerdan que en tal página de la *Traumdeutung* y muy precisamente en aquella donde nos designa los primeros lineamientos de su investigación sobre la identificación, subraya él mismo claramente (legitimando por adelantado las intrusiones que hago de la fórmula cartesiana en la teoría de lo inconsciente) el comentario de que *Ich* tiene dos sentidos diferentes en la misma frase cuando se dice *Ich denke was gesundes Kind Ich war*, “pienso” o *Ich bedenke*, como lo dijo exactamente, “medito, reflexiono, hago gárgaras pensando qué niño tan bonito *Ich bin... Ich war*, yo era”.

El carácter esencialmente significativo como tal es duplicado con el acto, la incidencia repetitiva e intrínseca de la repetición en el acto, es lo que nos permite unir de una manera original –y de manera tal que pueda luego satisfacer el análisis de todas sus variedades–, la definición del acto.

Aquí sólo puedo indicar de pasada, puesto que volveremos sobre esto, que lo importante no está tanto en la *definición* del acto sino en *sus consecuencias*. Quiero decir: en LO QUE RESULTA DEL ACTO COMO CAMBIO DE LA SUPERFICIE.

Porque si hablé hace poco de la incidencia del corte en la superficie topológica –que yo dibujo como la de la banda de Moebius–, si, *después del acto*, la superficie es de otra estructura en tal caso, si es de una estructura también diferente en tal otro o si aún en ciertos casos puede no

---

<sup>6</sup> “acción” [Dorgeuille].

cambiar, esto será lo que para nosotros llegará a proponernos *modelos*, si quieren, para distinguir lo que pasa con la incidencia del acto, no tanto en la *determinación* sino en las *mutaciones* del sujeto.

Pero hay un término que desde hace algún tiempo dejé a las tentativas y gustaciones de quienes me rodean sin, francamente, jamás responder a la objeción que se me hacía, y que se me hace desde hace mucho tiempo, de que la *Verleugnung* –ya que se trata de este término–, es el término al que habría que referir los efectos que yo le reservé a la *Verwerfung*. Ya hablé suficiente de esta última, desde el discurso de hoy, para no tener que volver sobre esto. Señalo simplemente aquí que lo que es del orden de la *Verleugnung*, es SIEMPRE lo que tiene que ver con la ambigüedad que resulta de los efectos del acto como tal.

Atravieso el Rubicón.<sup>7</sup> Es posible hacerlo... solo: basta con tomar el tren en Sarceno en la buena dirección, y una vez en el tren ya no podrán hacer nada, atravesarán el Rubicón. Pero no es un acto. No es un acto tampoco cuando atraviesan el Rubicón pensando en César, es la *imitación* del acto de César. Pero ven ya que la *imitación* adquiere, en la dimensión del acto, una estructura muy diferente a la que se le supone por lo común. No es un acto, ¡pero puede serlo! Y hasta no hay ninguna otra definición posible para sugerencias tan exorbitantes, si no, como las que se titulan la *Imitación de Jesucristo*,<sup>8</sup> por ejemplo.

En torno a este acto, sea imitación o no, sea el acto mismo, original, aquel sobre el cual los historiadores de César nos dicen cuál es el sentido señalado por el sueño que precede al atravesamiento del Rubicón (que no es otro que el sentido del incesto), se trata de saber, en cada uno de esos niveles, cuál es el efecto del acto.

Es el laberinto propio para el reconocimiento de esos efectos por un sujeto que no *puede* reconocerlo, puesto que está enteramente –como sujeto– transformado por el acto. Esos son los efectos que designa, en todas partes donde el término se emplea justamente, la rúbrica de la *Verleugnung*.

Entonces, el acto es el único lugar donde el significante tiene la apariencia –la función, en todo caso–, de significarse a sí mismo; es decir, de funcionar por fuera de sus posibilidades.

En el acto el sujeto es representado *como* división pura: la división, diríamos nosotros, es su *Repräsentanz*. El verdadero sentido del término *Repräsentanz* ha de tomarse a ese nivel, pues

<sup>7</sup> Suetone, *Vie des douze Césars*, XXXI-XXXIII.

<sup>8</sup> Anónimo del s. XVI.

es a partir de ésta *representancia* del sujeto como esencialmente dividido, que se puede sentir cómo esta función de *Repräsentanz* puede afectar lo que se llama representación; esto hace depender la *Vorstellung* de un efecto de *Repräsentanz*.

La hora nos detiene... La próxima vez se tratará de que sepamos cómo es posible que se haga presente el elemento imposible de escoger de la alienación. Bien vale la pena que la cosa sea rechazada hacia un discurso que le esté reservado, puesto que ahí se trata nada menos que del estatuto del Otro, allí donde es evocado por nosotros de la manera más urgente a no prestarse a precipitación ni error, a saber, la situación analítica. Pero ese modelo que nos da el acto como división y último soporte del sujeto: punto de verdad que, digámoslo antes de separarnos, entre paréntesis, es aquel que motiva el ascenso a la cima de la filosofía de la función de la *existencia*, que seguramente no es más que la forma velada como se presenta, para el pensamiento, el carácter original del acto en la función del sujeto.

¿Por qué este acto, en su insistencia, ha quedado velado y precisamente en aquellos que han sabido mejor marcar su autonomía (contra Aristóteles, que de esto, y con toda razón, no tenía la menor idea), quiero decir, Santo Tomás?

Sin duda porque la otra posibilidad de corte nos es dada en la parte imposible de escoger de la alienación (que, sin embargo, ha sido puesta a nuestro alcance por vía del análisis), el mismo corte que interviene en la otra cima, que está aquí designada, que corresponde a la conjunción *inconsciente/no soy*. Es lo que se llama el *acting out*, y su estatuto intentaremos definirlo la próxima vez.

Traducción: Pio Eduardo Sanmiguel Ardila  
Colaboraron en la revisión de la traducción y de esta versión en español:

Álvaro Daniel REYES G., Arturo de la Pava O., Belén del Rocío MORENO C., Carmen Lucía DÍAZ L., Eduardo ARISTIZÁBAL C., Javier JARAMILLO G., Mario Bernardo FIGUEROA M., Pilar GONZÁLEZ R., Tania ROELEN H.

Esta traducción continúa su marcha; así que, cualquier duda, comentario y/o precisión serán bienvenidos; comuníquelos, por favor, a la siguiente dirección electrónica:

[pioeduardo.sanmiguelardila@gmail.com](mailto:pioeduardo.sanmiguelardila@gmail.com)